

## EL ASNO.

Dios recompensa la humildad.—Pereza y obstinación.—El cuerpo, esclavo del alma.—La Burra de Balaam.—La Burra, cabalgadura de Jesucristo.—Imágen de la gentilidad.—El Asno y el Buey de Belem.—El abrevadero.—Entremos juntos á Jerusalem.

LOS símbolos que estamos estudiando, colocados al rededor de cada objeto, no solo nos elevan hácia las cosas invisibles, sino que nos dan admirables lecciones, puesto que la divina Sabiduría se vale de ellos para enseñarnos lo que está oculto á la sabiduría de los sabios y á la prudencia de los prudentes.

La humildad es sin duda una de las primeras virtudes de la religion cristiana, y cuando Jesucristo quiso establecer esta religion entre los hombres, escogió para predicarla y extenderla por todo el mundo, no á los grandes, no á los sabios ni á los fuertes, sino á los débiles, á los ignorantes y los pequeños.

Esta doctrina es precisamente la que nos enseña la Escritura Santa bajo la forma del símbolo que vamos á estudiar.

Entre los animales que nos sirven, el Asno ocupa el último lugar. Sin la hermosura y nobleza del Caballo, y ménos fuerte que el Buey, generalmente no es mas que el humilde auxiliar del pobre á quien sirve de cabalgadura ó como bestia de carga ó de tiro; y mientras otros animales por la astucia y vivacidad de sus instintos, imitan en cierta manera la inteligencia humana, el Asno es, en la opinion comun, el emblema de la ignorancia y de la rudeza.

No obstante, véamos cómo este pobre animal, objeto de las burlas del mundo, aparece en muchos lugares de la sagrada Biblia figurando en las acciones más santas, y tan adornado de esquisitos privilegios, que ennoblecido á los ojos del cristiano, le hacen recordar que todo lo que es pequeño y menospreciado á juicio de los hombres, llega á ser, por lo mismo, objeto de la mayor importancia ante los ojos de Dios.

La Burra de Balaam dirige sus reconvencciones demasiado sencillas á su amo, que tratándola mal, quería precisarla á que siguiera el camino que le cercaba la presencia de un Ángel.

## II

Comencemos entre tanto por considerar al Asno, no solo en la bajeza de su condicion, sino tambien con los ruines defectos de su naturaleza. Ordinariamente se le confian los oficios más viles, y como lo tenemos ya dicho, es el servidor de los pobres y de los pequeños. Forzado á obedecer, lo hace, pero con pena; perezoso y testarudo, viene á servir como término de comparacion en la boca del Eclesiástico, para designarnos al esclavo terco é indócil que merece frecuentemente que se le castigue. <sup>1</sup> “Su pereza—nos dice San Ambrosio <sup>2</sup>—y su repugnancia para llevar las cargas que se le imponen, nos deben enseñar que nosotros somos los humildes servidores de Dios, que debemos evitar los vicios y mostrarnos fervorosos en el cumplimiento de nuestros deberes. Y si nos son pesados, recurramos á la fé, la que nos aligerará nuestra carga.”

## III

El Asno es el símbolo del esclavo, y en este mismo sentido es tambien un emblema de nuestro propio cuerpo, que nunca debe ser mas que el humilde y dócil servidor de nuestra alma.

Se cuenta de San Francisco de Asís, que tenia la costumbre, cuando hablaba de su cuerpo, llamarlo el *hermano del Asno*. Y este gran Santo, cuya seráfica alma vivia ya sobre la tierra con una vida verdaderamente celestial, trataba su cuerpo como si fuera el más vil de los animales. Todos los Santos han obrado de la misma manera, y parece que todo su conato lo han puesto en realizar en su propio cuerpo aquella leccion del Eclesiástico: “Paja, palo y carga para el Asno; castigo y tarea para el Ciervo.” <sup>3</sup>

## IV

El Asno no es sino el pobre servidor á quien se le abrumba con pesadas cargas, á quien se burla y se desprecia; mas no importa: él es el símbolo de las almas sencillas y humildes de quienes está escrito, que Dios les comunica sus secretos. <sup>4</sup>

Esto, ¿no nos hará comprender mejor aquella verdad tan esencial de que el Señor, entre todos los animales, escogió la Burra para dispensar por medio de ella el don sublime de la palabra?

<sup>1</sup> Eccli. XXXIII, 25.

<sup>2</sup> S. Ambr. Hexam. VI, 3.

<sup>3</sup> Eccli. XXXIII, 25.

<sup>4</sup> Prov. III, 32.

La Burra de Balaam dirige sus reconvenções demasiado sensatas á su amo, que, tratándola mal, quería precisarla á que siguiera el camino que le cerraba la presencia de un Angel. Con sus juiciosas reflexiones logra que Balaam fije sus miradas sobre el Angel, que escuche las órdenes del Señor y que este falso Profeta que habia venido desde muy léjos para maldecir á Israel, percibiendo desde la altura de la montaña sus sagrados campos, no piense mas que en bendecirlos diciendo: "¡Qué bellos son tus pabellones, ¡oh Jacob! y cuán hermosas tus tiendas, ¡oh Israel!"<sup>1</sup>

Solo una vez abrió Dios la boca de una burra; "pero todos los días—nos dice el Espíritu Santo—abre la boca de los mudos y hace discretas las lenguas de los niños."<sup>2</sup>

¡Bienaventurados los pobres de espíritu!<sup>3</sup> Su vida humilde é inócete, en palabras rudas y sin ornato, son muchas veces más persuasivas que los más elegantes discursos, y como la Burra de Balaam, enseñan á bendecir al Señor á aquellos que no saben mas que blasfemar su Santo Nombre.

## V

Además, le fué concedido á la Burra un privilegio mucho más precioso, cuando el Señor se dignó escoger este humilde animal para su cabalgadura cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalem.<sup>4</sup>

Entonces cantan los niños: ¡Hossana al Hijo de David! Entonces las ramas verdes y las vestiduras de los pobres cubren el camino de Jesucristo, y entonces se cumplió la palabra del Profeta: "Hé aquí á tu Rey que viene lleno de dulzura."<sup>5</sup> ¡Oh! ¡cuántos pormenores de esta patética escena se conciertan maravillosamente, figurándonos la mansedumbre del Rey!

"Jesucristo—dice San Juan Crisóstomo<sup>6</sup>—no se sentó en un carro guardado de púrpura y oro, que es el distintivo del poder, ni en un Caballo fogoso que es el emblema de la astucia y de la guerra, sino sobre una pollina que apetece el sosiego y la paz."

Esta pollina es tambien aquí la imágen de las almas sencillas y apacibles, que dichosas con llevar el yugo suave del Señor, no ambicionan otra gloria; y así como participan de los honores de Jesucristo entrando en Jerusalem, tambien continúan su triunfo y su reinado en el trascurso de los siglos, porque este Rey pacífico escoge siempre á los rudos é ignorantes para confundir á los sabios del mundo, y á los débiles para confundir á los fuertes. Elige los más viles y los más despreciables y aun se vale de aquellas cosas que no son para destruir las que existen.<sup>7</sup>

1 Num. XXIV, 5.

2 Sap. X, 21.

3 Mat. V, 3.

4 Mat. XXI.

5 Isai. LXII, 11.

6 Chrys I, sup. Mat.

7 Corint, I, 28.

Entonces se cumplió la palabra del Profeta Isaias: "reconoció el Buey á su amo, y el Asno reconoció el establo en que su dueño le alimenta."<sup>1</sup> La parte que perteneció al del pueblo judío, vió en Jesucristo al divino Legislador de quien Moisés no fué mas que figura. Y la gentilidad, como "con el buey vil del error,"

## VI

Además, los Padres de la Iglesia le dan otra significacion no ménos hermosa á esta pollina en que cabalgó Jesucristo. Símbolo, como acabamos de ver, de la servidumbre y de la ignorancia, tambien el Asno nos representa á la gentilidad esclavituada por el pecado de Adam, y encenagada de edad en edad en la ignorancia más profunda respecto del verdadero Dios. El Evangelista San Mateo refiere que el divino Maestro mandó á sus Apóstoles que desatasen la pollina y el asnillo y se le trajesen. Los Apóstoles obedecieron esta orden y condujeron las dos cabalgaduras, y habiendo extendido sobre ellas sus vestidos le hicieron sentar encima.<sup>1</sup> Así fué, segun los Padres de la Iglesia, como la gentilidad, obediente á la voz de los Apóstoles, vió romperse las ligaduras del error que la tenian cautiva, y así tambien como fué conducida hasta llegar al conocimiento del verdadero Dios. La túnica blanca de la Iglesia ha cubierto su desnudez, y abandonando con gozo el culto de los dioses, sus antiguos dueños, se sometió al suave yugo del Evangelio.

Nosotros mismos, hijos de la gentilidad, hemos llegado á ser libres con la libertad de hijos de Dios, y no queriendo subyugarnos al servicio de otros dueños, llevamos alegres en el mundo la valiosa carga de Jesucristo.

## VII

En otro lugar consideraremos que el pueblo judío, acostumbrado desde su origen á la servidumbre de la Ley antigua, estaba figurado bajo el símbolo del Buey; mientras que el Asno, como acabamos de observar, es el emblema de la gentilidad.

Así, pues, siempre que la Escritura Santa nos presenta juntos estos dos animales, nuestro pensamiento debe referirse á las dos partes del pueblo elegido; al judaismo fiel y á la gentilidad convertida.

Jesús nace en Belem; su Madre le envuelve en pañales y le acuesta en el pesebre. María está sola con José; y mientras que, desde la altura de los cielos, Dios contempla á su Hijo muy amado en quien tiene puestas todas sus complacencias, y mientras que los coros de los Angeles entonan en el cielo sus sagrados cánticos, no hubo un sér viviente que á los pies del Niño Dios uniese sus adoraciones á las de María y de José.<sup>2</sup> ¡Me engaño! La tradicion cristiana nos manifiesta<sup>2</sup> dos pobres animales, el Asno y el Buey, arrodillados cerca del pesebre calentando con su aliento al divino Infante. Ved en ellos la imágen del judío y del gentil, que desde el primer instante de la Encarnacion del Verbo, reconocen y adoran á su Redentor y á su Salvador.

1 Mat. XXI.

2 Aug. cont. Jud. c. III.—Ambr. lib. II, in Luc. c. 2.—Orig. hom. XIII, cit. Com. á Lap.

Entonces se cumplió la palabra del Profeta Isaías: "reconoció el Buey á su amo, y el Asno reconoció el establo en que su dueño le alimenta."<sup>1</sup> La parte que permaneció fiel del pueblo judío, vió en Jesucristo al divino Legislador de quien Moisés no fué mas que figura. "Y la gentilidad, como asegura San Ambrosio<sup>2</sup> que hasta entonces no se habia nutrido mas que con el heno vil del error, comprendió que su verdadero alimento estaba en aquel pan divino bajado del cielo."

En igual sentido es menester interpretar la reprension que dirige Jesucristo al presidente de la Sinagoga, cuando éste le murmuraba por haber curado en día Sábado á una mujer que llevaba diez y ocho años de estar enferma. "¡Hipócrita!—le dijo—¿no hay uno solo de vosotros que no desate en día Sábado su Buey ó su Asno para llevarlo al abrevadero?"<sup>3</sup>

Finalmente, cuando Jesucristo vino al mundo rompió las ligaduras; aquellas que tenían al pueblo judío cautivo á la obediencia de la letra, y aquellas que encadenaban las naciones con las fábulas impuras de la mitología. Entonces habló á los hombres de esta manera: "Si alguno de vosotros tiene sed, que venga hácia Mí y beba. Si quis sitit, veniat ad me et bibat."<sup>4</sup> y les dió de beber de aquella fuente cuyas aguas saltan hasta la vida eterna.<sup>5</sup>

¡Señor Jesus! dadme de beber, "da mihi bibere."<sup>6</sup> En vuestra presencia yo no soy sino el más vil de los animales sin razon; mas así como el dueño no se desdeña de llevar por sí mismo al abrevadero el animal que le sirve de cabalgadura, así tambien os ruego vengais á apagar mi sed y purifiquéis mi vida.

En cambio de tantas bondades, ¡oh mi Jesus! quiero y prometo obligarme para siempre á vuestro santo servicio. Si; lleno de gozo me someto al amable yugo de vuestros preceptos divinos, pues estoy cierto de que mis pequeños trabajos no quedarán sin recompensa. Esclavo humilde de tan buen Amo, ¿cómo podré avergonzarme ni tener á ménos el compararme con la pollina, puesto que Vos mismo la escogisteis el día de vuestro triunfo? Entremos juntos á Jerusalem, ¡oh Dios mio! entremos á la celestial ciudad donde se canta sin cesar el divino "Hosanna." Solo, y sin Vos, jamás podré conseguir esta inefable dicha; pero recuerdo que cuando ascendisteis al cielo llevábais tras de Vos multitud de cautivos. Cautivo yo mismo bajo la mano que me dirige y bajo el freno que arregla mis pasos, me adelantaré con confianza, y entonces penetraré con Vos el recinto de la celestial Jerusalem, donde recompensais las almas sencillas y exaltais á las humildes.

<sup>1</sup> Isai. I, 3.

<sup>2</sup> Ambr. in Evang. Luc. VII, 13.

<sup>3</sup> S. Luc. XIII, 15.

<sup>4</sup> S. Joan. VII, 37.

<sup>5</sup> S. Joan. IV, 14.

<sup>6</sup> S. Joan. IV, 7.

<sup>7</sup> Eph. IV, 8.

Las constantes pesquisas hechas á cansar los pies del Ciervo, le desconciertan sus planes y al fin en medio del estrepitoso ruido de las cornetas de caza, se arroja victorioso sobre el isidoro animal y le asegura al cazador un triunfo cuya gloria y mérito en gran parte le pertenece. Pero lo que distingue al Perro entre todos los animales domésticos, no es únicamente la buena servidumbre que presta á su amo, sino que es uno de sus más fieles y cariñosos amigos. Se puede decir que el Perro vive con la vida de su amo. Se acuesta bajo su techo y se alimenta con las migajas que caen de su mesa; que ademas toma parte en sus gozos y se muestra sensible en sus pesares y tristezas. Bajo este concepto, el Perro tiene un sentido muy delicado y se halla presente cuando los amigos han despedido.

### EL PERRO.

Compañero fiel del hombre.—Los perros vigilantes del rebaño de la Iglesia.—Guardan la casa del Dueño, que es Jesucristo.—El Perro comensal de su amo.—El Perro de Tobías.—El Perro de caza.—Las llagas de Lázaro.—Perros mudos.—La herejía y el cisma.—Los hombres carnales.—El Perro que ladra á su amo.—Júdas.—Historia de la Cananea.—El Perro se alimentó del pan de los hijos.

LA Providencia, al confiar al hombre el imperio absoluto sobre todos los animales, quiso que muchos de ellos viviesen en compañía suya, que domesticados, vinieran á ser sus más fieles compañeros, sus intrépidos defensores y sus más activos auxiliares para ayudarle á conservar su poder y á ejercitar su autoridad.

Mas ¿qué animal doméstico podrá compararse con el Perro, atendiendo á los servicios que éste presta á su Señor?

El pastor le confía la guarda del rebaño, y esta confianza jamás queda engañada; la vigilancia del Perro sobrepuja aun á la del mismo pastor. Tiene el ojo fijo en todas las ovejas, y con su veloz carrera forma al rededor de ellas un círculo que ninguno se atrevería á traspasar.

Si el Perro está destinado á guardar en el silencio de la noche la casa de su amo, se pone en acecho como el más animoso centinela, y con tanto calor como el soldado más aguerrido. Olfatea al robador ó al animal dañino, y al instante se encienden sus ojos, se le erizan los pelos, señala anticipadamente el peligro ladrando mucho, y su instinto es tan prodigioso, que jamás se engaña confundiendo al amigo con el enemigo.

Cuando el hombre se dispone á perseguir en la espesura de los bosques al Ciervo ó al Gamo que es tan ágil, si va solo, apenas divisa á estos animales, cuando se le esconden y desaparecen de su vista como por encanto, perdiendo entonces la esperanza de cazarlos. Mas si lleva consigo al lebrél para que le ayude en su intento, éste se le ofrece y se dispone á servirlo como su más fiel aliado. La finura de su olfato es tal, que á muy considerable distancia distingue y descubre la caza de que quiere apoderarse, y vedle afanoso siguiendo la huella, y una vez encontrada no la dejará. En